



Jan Dobraczyński

CARTAS DE
NICODEMO

Son bastantes los autores y las obras que, en una u otra forma, han novelado la vida de Jesús de Nazaret o de los personajes y vida de las primeras comunidades cristianas. El problema de muchas de esas novelas es que, aun con una buena calidad literaria, parten de los evangelios como si éstos fueran textos biográficos de género histórico, lo que, como se estudia ya en la secundaria, no es correcto. Ese olvido lleva, no pocas veces, a descripciones y giros argumentales que se caen de las manos de quien tenga una mínima formación bíblica.

En cambio, cuando se lee a Jan Dobraczynski se tiene la suerte de estar ante la obra de alguien que tuvo una sólida preparación en temas bíblicos y de cultura judaica, lo que hace que, más allá de que guste o no el escrito, éste tenga una calidad científica asegurada (acorde y limitada, por supuesto, a las investigaciones de su época).

Así se cumple en estas «Cartas de Nicodemo», que novelan los encuentros del Nazareno con Nicodemo, el personaje que los evangelios describen como discípulo en secreto porque era un conocido fariseo. La forma epistolar de este relato novelado se la inspiraron al autor unas cartas apócrifas de Nicodemo que se divulgaron en la Edad Media. El autor, como decimos, demuestra un profundo conocimiento de las fuentes bíblicas y apócrifas, así como de las costumbres y ambiente de Israel en la época.

... Señor —dije—, en la rama de aquel árbol hay un cuervo, comprendo que tu majestad no puede rebajarse hasta mí. Pero yo necesito un signo. Cuando termine mi oración, ordena a este cuervo que emprenda el vuelo. Esto será como una indicación de que no estoy completamente solo en el mundo... Y observé al pájaro. Pero siguió inmóvil sobre la rama. Entonces me incliné de nuevo ante la piedra.

Señor —dije—, tienes razón. Tu majestad no puede ponerse a mis órdenes. Si el cuervo hubiera emprendido el vuelo, yo ahora me sentiría más triste aún. Porque este signo lo hubiera recibido de alguien igual a mí, es decir, de mí mismo; sería el reflejo de mis deseos. Y de nuevo no

hubiera encontrado
sino mi propia soledad.

Me prosterné y me volví.

Pero en aquel preciso
instante mi desesperación
se transformó en
una inesperada alegría...

ANTOINE DE
SAINT-EXUPÉRY

Glosario^[1]

A

Adar: Decimosegundo mes del año^[2] (febrero-marzo).

Adonai [Adonái o Adonay]: «Señor mío». Nombre que se daba a Dios en el Antiguo Testamento en sustitución de Yahvé, demasiado santo para ser pronunciado.

Amhaares^[3]: Sinónimo de plebeyo; término despreciativo empleado por los fariseos para designar a la persona que no observaba las prescripciones de la Ley.

Archisinagogo: Jefe de la sinagoga, elegido entre los ancianos de la comunidad local.

As: Moneda de cobre.

Ascarios^[4]: Guardianes del Templo.

B

Bar: Hijo de...

Betlanim: Persona encargada del culto diario en la sinagoga.

Belial: Nombre del jefe de los espíritus malignos.

C

Chanuca [Janucá]: Fiesta de la dedicación del Templo, instituida por Judas Macabeo para purificarlo de la profanación de los gentiles.

Cufieh: Prenda de vestir para cubrir la cabeza.

Cuttona^[5]: Vestido, túnica.

 E

Edom: Nombre dado por los escritores talmudistas al Imperio Romano, aunque en realidad corresponde al país de los edomitas o idumeos.

Efod: Parte de la vestidura oficial del sumo sacerdote en funciones, especie de manto para hombros y espalda.

Estadio: Medida de longitud igual a 185 m.

 F

Fariseo: Miembro de la secta que consideraba como norma fundamental del judaísmo no tanto la Ley escrita dada por Moisés como la Ley oral basada en la tradición.

Filacterias^[6]: Capsulitas conteniendo tiras arrolladas de pergamino en que estaban escritos algunos pasajes de los libros sagrados y que, durante la plegaria, el fariseo se aplicaba sobre la frente y el brazo izquierdo.

Forminge: Especie de cítara que precedió a la lira^[7].

 G

Gehinnon, Gehenna [gehena]: Infierno.

Gere hasan: Prosélito de la puerta; extranjero que vivía entre israelitas y debía acomodarse a la vida pública de és-

tos.

Goim: Pagano, en contraposición a los del pueblo elegido^[8].

H

Haberim^[9]: (Etim. «coaligado»). Perteneciente al Gran consejo de los fariseos.

Harem: Maldición divina.

Hagadá: Ampliación exegética de un pasaje bíblico y desarrollo de un nuevo pensamiento basado en él.

Haggim: Fiestas solemnes.

Halaká [halajá]: Glosa de la Ley, precepto práctico.

Hallel: Himno constituido por los salmos hebraicos 113-118

Hanuka [Janucá], el autor ya la ha llamado antes *Chanuca*: Fiesta de la dedicación del Templo.

Hasán: En la sinagoga, el ayudante del archisinagogo.

Hosen: Ornamento sagrado del sumo sacerdote. Consta de un pectoral cuadrado, doble, sujeto al efod por unas cadenas de oro. Lleva en el interior doce piedras preciosas (las doce tribus de Israel), entre las que se encuentran las piedras *Urim* y *Tummim*, mediante las cuales el sumo sacerdote se comunica con Dios.

I

Iyyar [Iyar]: Segundo mes del año (abril-mayo)^[10].

K

Khamsin: Simún.

Kinnor: Especie de cítara.

Kislév [Kislev]: Noveno mes del año (noviembre-diciembre)
[11].

M

Mashal: Parábola.

Meil: Túnica de hilo, que cae hasta las rodillas, de color azul oscuro, usada por el sumo sacerdote.

Mínimo: Persona considerada indigna; expulsada, echada.

Mikwoth: Uno de los doce tratados del Talmud, que se refiere a la pureza^[12].

More: Lo mismo que *mínimo*.

N

Nabí: «Hombre de Dios», profeta.

Naggar: Carpintero.

Nasi: Cabeza del Sanedrín.

Nazareno: Persona que ha hecho voto de consagrarse a Dios.

Nisán: Mes con el que comienza el año santo^[13].

O

Ofir: País del que Salomón hizo traer el oro y las maderas preciosas para la construcción del Templo.

R

Rabbí o rabí: «Mi maestro», título que se daba a los doctores de la ley.

Rabban: Forma solemne de *rabbí*.

Rosh-hakeneseth: Jefe de la sinagoga.

S

Saduceo: Miembro de la secta contraria a la de los fariseos, que reconocía sólo la autoridad de la Tora, o sea la Ley escrita.

Sanedrín: Supremo consejo nacional y religioso.

Seliah: Persona encargada de la lectura en las sinagogas^[14].

Sekiná: Nombre dado a Dios en sustitución del de Yahvé^[15].

Seol: Morada subterránea donde se reúnen los muertos.

Shabuah [Shavuot^[16]]: Pascua de Pentecostés.

Shemá: Oración compuesta de tres pasajes del Pentateuco^[17].

Sicarios: Miembros de una fanática y agresiva secta judía.

Siclo: Única moneda nacional de los judíos; correspondía a un *stater* [estatero o estátero] griego.

Simlah: Manto, abrigo.

Soferim [escriba]: Maestro de la Ley, estudioso de las Escrituras.

Soteh: Necio, loco.

T

Taliss [talit]: Prenda de vestir que los judíos se echaban a los hombros al ir a orar.

Tamuz: Cuarto mes del año (junio-julio)^[18].

Targumista: En las sinagogas, persona encargada de la traducción aramea del texto hebreo de la Biblia^[19].

Teruma: Carne de las víctimas sacrificadas durante las fiestas^[20].

Tishri: Séptimo mes del año (septiembre-octubre)^[21].

Torah [Tora]: La Ley escrita dada por Moisés al pueblo escogido.

Tummim [tumim]: Véase *hosen*.

U

Urim: Véase *hosen*.

Z

Zelota [también zelote]: Perteneciente a una secta que aplicaba hasta las últimas consecuencias el principio nacional teocrático esencial al fariseísmo.

Zizith [o Tzitzit]: Borlas o franjas que los israelitas llevaban en los vestidos para recordar los mandamientos de la Ley de Dios.

Carta I

Querido Justo:

Esta enfermedad. Justo, me está destrozando. Antes yo era un hombre lleno de energía, sabía mostrarme suave y comprensivo con los que me rodeaban. No sentía esta continua irritación e impaciencia, esta insoportable necesidad de quejarme sin cesar a los demás, Solamente ahora descubro en mí estas desagradables características del ser perseguido, que como una vid silvestre desea trepar sobre cualquier seto y está resentida contra todos porque ninguna la acerca al sol tanto como ella desearía. ¡Antes sabía negarme a tantas cosas! Hoy apenas cumplo los ayunos prescritos. También reconozco que me estoy volviendo intolerante con los demás. Cada vez me siento más alejado de mis *haberim* del Gran Consejo. Me aburren mortalmente sus incabables disputas sobre el tema de las purificaciones y sus discusiones sobre las nuevas *halakás*. Todas estas cuestiones me son cada día más indiferentes. Se puede pasar toda una vida cumpliendo escrupulosamente las prescripciones y, sin embargo, no recibir nada a cambio... ¿Por qué ha tenido que ser ella precisamente la víctima de esta enfermedad? Toda la Ley se resume en las palabras del salmo: «Haz, hombre, lo que te mande el Altísimo y Él nunca te abandonará». Nunca... No hay muchos hombres que hayan ayunado, observado la pureza, hecho ofrendas y meditado las *halakás* y *hagadás* tan tenazmente como yo. Aquí falla algo. No son tantos mis pecados como para que el Altísimo tenga que castigarme por ellos con una desgracia tan horrible. Es verdad que las Escrituras narran la historia de Job...

Pero aquel idumeo, en primer lugar, no era fiel, y en segundo lugar no sabía cómo se sirve al todopoderoso *Sekiná*. Se obstinaba en no querer reconocer que toda persona peca si no vigila, constantemente y sin descanso, la pureza de sus pensamientos y de sus actos. Y, además, el Altísimo le hizo sufrir a él mismo y no a alguien que le fuera tan querido como lo es Rut para mí. La enfermedad es una cosa horrible: a menudo veo estas repugnantes y retorcidas criaturas que viven en las grietas de la vieja muralla cerca de la puerta Esterquilinia. Pero contemplar, cruzado de brazos, cómo la enfermedad devora el cuerpo del ser más querido, es algo a lo que es imposible resignarse.

Con quienquiera que hable he de mencionarlo. Dentro de poco la gente huirá de mí como de quien contagia tristeza, igual que hay quien contagia la lepra o la enfermedad egipcia de los ojos. Sólo una cosa me salva: mi trabajo. Creando *hagadás* y comentando en ellas la grandeza del Innominable, busco el olvido como en el vino. Sé que se habla de ellas con creciente interés. Los comentarios que llegan hasta mí me sirven de cierto consuelo. Pero, junto con las alabanzas, recibo también críticas, y éstas me hieren de un modo particularmente doloroso. La gente parece no comprender que mientras vivo la enfermedad de Rut sólo puedo hablar con palabras duras que no admiten paliativo. Si a veces se me ocurre una palabra impropia, no lo bastante fuerte, qué remedio... Con más frecuencia cada vez me digo: «qué remedio», y con esta expresión, a modo de escudo, protejo mi corazón ensangrentado. Entonces me siento como una tortuga que ha escondido la cabeza y las patas bajo su caparazón y prefiere no moverse antes que exponerse a un contacto doloroso. Anteriormente, cuando pronunciaba dicha frase, ésta significaba que el asunto era importante y que ningún sacrificio sería excesivo para solucionarlo. Hoy mi «qué remedio» significa: más vale ignorar las cuestiones más importantes que tener que sufrir más aún. Pero, a decir verdad, ¿cómo se puede sufrir más aún?

¿Acaso no ha colmado la medida del dolor humano aquel que por miedo a ulteriores sufrimientos se siente ya incapaz de defender nada?

También me deprime ver que mi sufrimiento ha venido en los momentos en que el mundo entero se encuentra en esta difícil encrucijada. No sólo tú lo notas. Aquí también parece como si una extraña fiebre se hubiera infiltrado en la sangre de todos. Nunca en el Gran Consejo ni el Sanedrín estallaban disputas tan violentas como ahora. Estas discusiones continúan luego bajo el pórtico, en Xystos, y se convierten en peleas en las que, desgraciadamente, toman parte incluso los más sabios e ilustres doctores. Los conflictos más grandes los solucionan los sicarios. ¡Qué escándalo! Esta secta, la de los más fieles, se presta a matar simplemente por dinero a aquellos cuya muerte ha sido deseada por alguien. Los hombres viejos y experimentados dicen que semejante excitación y odio existía hace veinte años cuando, desde Galilea, iban llegando, una tras otra, las bandas de rebeldes. Los romanos han logrado apaciguar el país y hay que reconocer que su gobierno es más soportable que la tiranía de Herodes y sus hijos. Pero ¿podrá durar mucho tiempo esta paz relativa? Algo flota en el ambiente, a modo de un inquietante soplo de tormenta que se esconde aún detrás de las montañas, pero ya está cerca. Todos están contra todos. Para nadie es un secreto que el legado romano en Siria odia al procurador romano en Judea, que el procurador y los tetrarcas se pelean como perros por un hueso y que entre los descendientes de Herodes hay tal rivalidad, que todos estarían dispuestos a matarse y envenenarse mutuamente. Y por encima de todo esto, como la roja sombra del *Khamsin*, se extiende el recuerdo del lejano emperador, cruel y loco. Las noticias de las sanguinarias proscripciones que él ordena en Roma despiertan un salvaje e irrefrenable sentimiento de odio en quien las escucha. En Cesarea los griegos han atacado varias veces a los nuestros. Dicen que incluso ha habido escaramuzas en Alejan-

dría y Antioquía. Según he oído decir, al saber que los pretorianos se han llevado a Seyano, la multitud ha atacado nuestro barrio en Roma. Por todas partes guerra, sangre y matanzas. ¡Y hace tan poco todavía que los escribas romanos anunciaban la «era dorada» y la «paz eterna»!

Tengo el presentimiento de que algo malo se prepara. En momentos así, ¿verdad?, uno preferiría sentirse libre para poder estar alerta y vigilar de qué lado vendrá el peligro. Ahora, en cambio, toda mi atención la absorbe esta enfermedad. Quizá mañana o pasado ocurran hechos de importancia decisiva y yo ni siquiera me daré cuenta. Soy como una persona que, por llevar un gran peso encima, apenas puede mirar dónde pone los pies. Algo se está avvicinando. ¿Qué crees tú, Justo, que pueda ser esto? Contéstame: ¿tú esperas, realmente, que un día aparecerá éste a quien llamamos Mesías? Los saduceos hace ya tiempo que no creen en su llegada. Empapados de filosofía griega, lo consideran simplemente un símbolo. Se ríen desdeñosamente cuando alguien les habla del Hombre Mesías. Y, a decir verdad, ¿para qué necesitan al Mesías? A ellos sólo les interesa que exista el Templo, que en este templo todo Israel deposite sus ofrendas, que sólo ellos sean los intermediarios entre el hombre y el altar del Señor, y, finalmente, que los romanos no se opongan a este estado de cosas. Nosotros estamos bien lejos de quitar a la gente la fe en el Mesías. Hablamos de él a menudo y en numerosas *hagadás* explicamos cómo será su llegada. Pero, a pesar de haber hablado y escrito tantas veces sobre esto, te confieso que no puedo librarme de la idea de que todas estas promesas suenan demasiado bien. *Malka Messiah*, vencedor del Hedón, señor del mundo y de la naturaleza, que con su llegada la hará fecunda como no lo había sido jamás.

¿Parece muy verosímil todo esto? ¿Quiénes somos nosotros? Una nación pequeña, rodeada por docenas de otras naciones y, lo mismo que ellas, encadenada al carro vencedor de la bárbara Roma. Llenos de discordias internas...

¿Quién tendría que ser ese Hijo de David para poder cambiar este estado de cosas? ¿Un simple hombre o más bien un semidiós? Pero los semidioses andan por la tierra sólo en los Cuentas griegas. Yo creo que hubo un tiempo en que el Altísimo obraba hechos milagrosos. Pero hoy día sólo suceden cosas vulgares... Se cuenta que en algún lugar más allá de los mares existe la tierra de los milagros. Pero los que lo dicen son unos mentirosos incorregibles. El mundo que nos rodea está lejos de ser maravilloso. Sé que lo gobiernan la ira, el odio, el orgullo, la soberbia y las pasiones... Para vencer este mundo se tendría que ser más malo, más orgulloso, odiar más y estar más dominado por las pasiones que todos los demás. En este mundo sólo la guerra trae la victoria. El Mesías tendría que ser un jefe que pudiera enfrentarnos con todos nuestros enemigos, ¡y de éstos hay legiones enteras! Quizás esto te desagrade, pero no puedo imaginar un Mesías semejante. No sé apartarme de lo que veo, oigo y siento... A un hombre que con un puñado de nuestros jóvenes se enfrentara con el mundo entero y lograra vencerlo, ¿podríamos considerarlo un ser de carne y hueso? Desgraciadamente, y a pesar de odiar todo lo que viene de los saduceos, siento que empiezo a pensar como ellos. El Mesías se me aparece sólo como un modelo ideal de todas las virtudes que nos hubiera sido dado y mediante el cual, si pudiéramos imitarlo, aunque sólo fuese en parte, haríamos mejores nuestras vidas, más agradables y más bellas. Y creo que no solamente yo pienso así. También algunos fariseos, cuando se menciona en su presencia la profecía sobre la vuelta de Elías, dicen «esperadlo, esperadlo», mas con el tono de quien no cree que esto haya de cumplirse jamás. Pero, aunque lo piensan así, no lo dicen en voz alta. Yo tampoco suelo hablar de ello: sólo a ti te lo escribo. Justo, y lo comento a veces con José. Como sabes, no es fariseo ni saduceo y practica la filosofía según la cual el oro honradamente ganado es lo que da su verdadero sentido a la existencia humana. Mis *haberim* me repro-